

## Capítulo 1

*Alcazaba de Caravaca, hacia 1232*

**G**inés Chirino trató de estirar la pierna cuyo tobillo aferraba un herrumbroso grillete. A veces, cambiar ligeramente de posición aliviaba los calambres y el hormigueo propios de esa inmovilidad forzada.

El calabozo, una ancha bóveda de ladrillo visto con el techo tan bajo que los centinelas tenían que atravesarla encorvados, estaba ahora casi desierto. La mayor parte de los presos cristianos estaban fuera, dedicados a trabajos forzosos o al servicio de los señores de Caravaca, empleados en pequeños menesteres domésticos. Solo permanecían allí él, por respeto a su condición sacerdotal, y un par de enfermos, uno de ellos prácticamente moribundo a quien acababa de administrar la extremaunción.

Chirino había conseguido un salvoconducto para predicar la fe en Cristo y auxiliar a los cautivos cristianos en los territorios de la taifa de Murcia. Pero ese salvoconducto vinculaba al rey de la taifa mursí Ben Hud y no al sayd Zeyt Abu Zeyt, a la sazón señor de Valencia y de Caravaca. De hecho, Abu Zeyt se había refugiado en su poderosa alcazaba de Caravaca, huyendo de las luchas de poder que se habían desatado en la ciudad del Turia.

Nieto del califa fundador del Imperio Almohade, Abu Zeyt era profundamente religioso. Pero Chirino no se hacía grandes ilusiones al respecto. Ese rey odiaba con particular saña al clero, tanto regular como secular. Lo había demostrado ganándose el apelativo de «verdugo de franciscanos», pues había hecho ejecutar con especial crueldad a los misioneros san Pere de Sasoferrato y san Jean de Pertus.

Del zoco próximo llegaban a Ginés el griterío de los vendedores y la algazara de los muchachos que seguramente correteaban en torno a los puestos. A ratos, escuchaba la salmodia de un ciego mendicante y los sones de cuerda que acompañaban el cuento de un contador de historias callejero. A sus horas, el muecín apagaba con estridencia todos los demás sonidos desde el minarete de la mezquita mayor. Esta se alzaba a tiro de piedra del zoco grande y en una cota bastante inferior a la del castillo, aunque la altura de su torre casi igualaba la muralla del primer recinto.

Dentro de un mechinal deteriorado de la celda, Chirino había escondido la cruz pectoral (él nunca osaría decir «mi cruz»: ese objeto era celestial y, como tal, propiedad de nadie y de todos). No quería que se la incautaran sus cancrberos ni excitar la codicia de algún preso cristiano. Como en todo colectivo humano, no todas las personas eran respetuosas de lo ajeno.

Era apenas mediodía y, a pesar de ello, Chirino empezó a quedarse adormecido. En el ensueño, viajaba a su ciudad natal, Cuenca, donde se reencontraba con su anciana madre. Luego Cuenca se transformaba en Jerusalén... Y entonces volvieron las imágenes de pesadilla que tanto lo atormentaban: escenas de fragor y de combate, cascadas de aceite hirviendo cayendo desde los altos muros, niños que sacaban un alfanje de la chilaba cuando uno se disponía a acariciar su crespo cabello... Niños ante los que no quedaba otra opción que la de quitarles la vida.

Sobresaltado por esa imagen terrible, Chirino se despertó. Frente a él, flanqueado por un séquito compuesto por el alcaide, un guardia de la prisión y dos lugartenientes suyos, todos encorvados, había un alto dignatario que no podía ser otro que el sayd en persona, Zeyt Abu Zeyt.

—No parecéis un viejo de trémulos miembros, ¿acaso estáis enfermo para no ir a trabajar? —le interpeló en un castellano libre de acento.

—En general, puede decirse que es aceptable la salud de mi cuerpo, sayd —contestó.

—¿Entonces? —Abu Zeyt se volteó desconcertado hacia el que parecía su consejero de mayor rango.

En un aparte, que resultó perfectamente audible por el efecto acústico de la cripta a pesar de que bajó la voz, el asesor le explicó que aquel hombre era un cura cristiano, un predicador autorizado por el pertinente salvoconducto a difundir su fe en la taifa murciana y a asistir a los cautivos de la cruz. Además, era de noble estirpe, hijo de uno de los caballeros templarios que habían conquistado Cuenca a las órdenes de Alfonso VIII.

Abu Zeyt contempló a aquel hombre con mayor detenimiento. Y, a duras penas, fue capaz de sostener la firmeza azul de su mirada: expresaba esta una resolución inquebrantable en relación con una misión cuyo alcance y sentido se le escapaban por completo. Acosado por facciones rivales, el sayd se había visto obligado a retirarse de Valencia hasta su feudo de Caravaca. No había tenido más remedio que solicitar el vasallaje del rey castellano, Fernando III, para protegerse de la amenaza de sus enemigos. De hecho, planeaba ayudar al rey aragonés en su objetivo de tomar Valencia. Las alianzas más inverosímiles se podían producir en una situación de avance de las monarquías cristianas y de imparable descomposición de Al Andalus.

Puede que no le interesara mostrarse cruel con aquel cura tan bien relacionado, se dijo el señor de Caravaca

y de Valencia. Unos años antes, no se habría molestado en mandarlo a las canteras: habría ordenado que lo degollasen en la picota del zoco a mediodía, haciendo honor a su sobrenombre del Degollador. Puede que las derrotas lo vuelvan a uno más humano, puede que simplemente lo hagan más prudente.

—Me dicen que vuestro padre fue un templario, ¿es eso cierto?

—Sí, pero eso fue antes de que yo naciera. Para establecerse en Cuenca y tomar esposa hubo de dejar la orden.

—¿No os tentó la milicia, siendo portador de su misma sangre?

—La milicia está en todas las cosas. Tal vez son más duros los combates del espíritu...

—Estoy de acuerdo, pero no habéis contestado a mi pregunta.

—Sí, fue mi vocación primera —explicó Chirino—, aunque la teología siempre me interesó. Un día decidí dejar la espada. Y cambié el camino de la violencia por el camino del amor.

—Es una bonita frase, pero una frase, nada más. ¿No os aburre esta inacción, esta ociosidad forzosa?

—Chirino no se molestó en contestar a una interpelación que rezumaba cinismo. Se limitó a fijar desde abajo sus pupilas azules en el rostro del rey valenciano—. Creo que me gustará escuchar las prédicas y plegarias de este cura castellano —afirmó Abu Zeyt, dirigiéndose a sus

acompañantes—. Disponedlo todo para que nada le falte. Asistirá mi esposa Aixa y también estarán mis hijos. Celebraréis, ¿cómo lo llamáis?, la «misa»... Será al alba de mañana en el palacio superior. Mi buen Chirino, pasaréis de esta mazmorra infernal a estar rodeado de nubes. Podréis rozar por unos instantes las sutilezas del cielo.

El séquito comenzó su retirada de los calabozos en pos del sayd. Tras un último careo entre los dos hombres, Zeyt quiso rubricar el encuentro con una frase prepotente que sonó, incluso a él mismo, hueca y metálica, quizá por la extraña reverberación de aquel antro profundo y bajo de techo.

—Aquí hay que ganarse el cuenco de sopa, cada cual trabajando en lo suyo...

Chirino apenas concilió el sueño aquella noche. Esa idea de hacer una misa ante la corte musulmana le parecía una farsa sin sentido. Hubiera acatado de mejor grado su degollamiento a manos de los sicarios de Abu Zeyt. ¿No lo llamaban «el Degollador de franciscanos»?

Al fin y al cabo, la reliquia y el símbolo ya estaban en «el sitio». Él había sido un mero portador. Los maestros trazaron las coordenadas: Caravaca era el enclave de poder desde el que la cruz irradiaría su ilimitada potencia, primero hacia la guerra de frontera que se libraba en sus cercanías entre los restos fragmentados pero aún poderosos del Al Andalus islámico y los reinos cris-

tianos de Castilla y Aragón. Luego, hacia todo el mundo. Un día quizá no lejano, Caravaca sería universalmente conocida como «Caravaca de la Cruz».

Tras la frugal cena, le fueron presentados tres muchachos cristianos, cautivos como él. Eligió como auxiliar a uno de ellos que mostró mayor conocimiento de la liturgia y que dijo haber ejercido de monaguillo en su pueblo natal de Jaén, ayudando al sacerdote en la misa y portando la cruz procesional.

—Mosén Chirino, ¿tiene pensado cómo conseguir una cruz?

Con infantil orgullo, el muchacho sacó de su sayal de áspera estameña una cruz toscamente confeccionada con dos palos de mimbres atados con junquillos.

Chirino tomó la cruz, la contempló con exagerado gesto admirativo y la besó con veneración sincera. Luego, se la devolvió al muchacho, que se llamaba Beltrán.

—Gracias, Beltrán, puede ser un buen recurso que te agradezco de corazón, pero creo que no hará falta. De momento, guárdala con el mismo celo que hasta ahora; no sea que te la incauten, podría costarte el tormento o incluso la vida...

Beltrán había besado la mano derecha del sacerdote y ahora este se encontraba solo, escuchando las maldiciones y los lamentos de los otros cautivos, a merced de las aterradoras imágenes de su juventud en Palestina, que le acosaban con especial saña en ese intervalo que

separa la vigilia del sueño. Sin llegar a sacarla de su escondite, su mano se deslizó hasta el mechinal donde guardaba la Vera Cruz.

La extrajo con total sigilo y la honró una vez más, entre sus manos y ante su mirada, recordando que la poderosa reliquia le había sido encomendada por sus hermanos, los caballeros del Temple, con el encargo de una misión: custodiarla en su viaje hacia el oeste, donde habría de impulsar la cruzada en tierra española. En tanto eso sucediera, su pecho sería el hogar de la cruz, y su espada, la garantía de su defensa. A ello había subordinado cualquier otro empeño, sirviéndose de su elevado rango dentro del estamento clerical.

Por su parte, se dijo, había cumplido una parte esencial de la misión: el sagrado relicario ya estaba en Caravaca, con él había hecho la ruta, erizada de mortales peligros, entre Oriente y Occidente. Pero lo que pudiera suceder al día siguiente, los riesgos que de ello se derivaran, dependían por entero de una decisión suya. Eso lo llenaba de dudas y de zozobra, pero, al tiempo, le ofrecía una esperanza de redención que sirvió para llevarle algo de calma y disipar las funestas imágenes del pasado.

Rezó un buen rato mentalmente y se encomendó a aquellos sabios que le confiaron la cruz y trazaron para él tan desmesurada misión.

Su mano, blandamente, depositó otra vez el relicario en su escondite y se deslizó después desde el mechinal



a la fría baldosa; Ginés Chirino, recostado contra el muro de los calabozos de la alcazaba de Caravaca, se entregó al sueño.

Abu Zeyt y su esposa vestían suntuosos ropajes de gala. Aixa, madura, aún exhibía la gracia de su pálido rostro ovalado y una silueta que se percibía esbelta por debajo del manto y las túnicas de seda. El monarca había sido cantado por un poeta mursí como «luna impredecible» y su esposa, como «palmera oscilante que burla al temporal». Un reducido séquito de consejeros y sirvientes acompañaba a la familia regia. Tan solo una pareja de cancerberos vigilaba la salida de la cámara octogonal, situada en los altos de la fortaleza, en la que se iba a celebrar esa misa tan particular.

Pero nadie, ni siquiera el propio Chirino, acariciaba la posibilidad de una huida. La alcazaba de Caravaca tenía merecida fama de inexpugnable. Si difícil era entrar en ella, casi imposible se antojaba la salida. Ginés comprendió que su prisión y cautiverio, a pesar de ser portador de un salvoconducto, no había sido sino un eslabón más de la cadena, un bendito impulso para introducir la Vera Cruz en el lugar predestinado para acogerla e irradiar toda su potencia espiritual. Esta idea le dio fuerza para exhibir el sagrado objeto en el mismo recinto de poder de la fuerza enemiga y ante uno de sus máximos representantes.

—Me metí en la boca del lobo —se dijo, evocando una frase que había escuchado en alguna ocasión a los ganaderos trashumantes de su tierra.

Con total naturalidad, después de disponer sobre el altar los diferentes recipientes y artilugios que servirían para la liturgia, incluidos unos fragmentos de pan ácimo que previamente Chirino bendijo para la eucaristía, el cura castellano indicó a Beltrán que desenrollase un paquete de terciopelo azul. Desde el momento que emergió la Vera Cruz de aquel bulto, una atmósfera de imprevista solemnidad se apoderó de la estancia y de todos los presentes. Cuando el improvisado monaguillo consiguió estabilizarla en el centro del ara, desaparecieron al instante los gestos de burla, desdén y odio que Chirino había detectado en los rostros de Zeyt y de su séquito. Chirino hizo una versión resumida de la misa y la atención no decayó en ningún momento. Aquellos musulmanes parecían entender el latín (puede que algún consejero o traductor presumiblemente lo dominara, pero, desde luego, no todos ellos). Aunque, en realidad, no se trataba de comprensión lingüística. Era otra cosa más profunda y sutil. Parecían querer participar del sacrificio de la misa, realizar un acto de comunión sincera al amparo de esa bella cruz de dos travesaños.

El día se aproximaba al mediodía. A través de una gran ventana circular entró un haz de luz cenital. Chi-

rino estaba diciendo misa para un puñado de infieles. Pero rara vez había percibido antes una sensación tan real y ferviente de congregación en torno a la cruz y su misterio. Parecía como si un coro de ángeles se hubiera deslizado en el interior de aquella estancia a través del ventanal. La emoción se palpaba y el sacerdote pudo ver cómo una lágrima rodaba por la tersa mejilla blanca de la reina Aixa.

En cuanto al propio sultán, Zeyt Abu Zeyt, se había prosternado y permaneció de rodillas la mayor parte de la ceremonia, la cabeza agachada, sin mirar directamente a la poderosa cruz traída por ese cura misterioso. Sentía fluir incesante su benéfico influjo y cómo este iba armonizando los sentimientos contrapuestos que lo atormentaban desde niño. Para combatir su atracción hacia el cristianismo se había erigido en degollador de franciscanos. De hecho, para neutralizar a sus enemigos musulmanes había establecido alianzas tácticas con monarcas cristianos. Puede que ahora esas alianzas se convirtieran en estratégicas, pero eso no era lo importante. Lo importante era que un hombre nuevo nacía en su interior, un hombre distinto al que correspondería un nombre nuevo.

En medio del torrente de ideas y sensaciones que se agolpaban en su cabeza y en su corazón, Zeyt recordó las gratas veladas poéticas celebradas en sus jardines de la Ruzafa en Valencia o en el patio de aquella misma alca-

zaba de Caravaca, a la sombra de las palmeras y al arrullo de un surtidor murmurante. Entre loas al vino y sus coperos y metáforas floridas en que los labios de la amada eran suaves pétalos, y albercas cubiertas de nenúfares sus ojos, escuchó recitar una vez cierta elegía a la pérdida de Toledo, conquistada por Alfonso VI. La había escrito, bendito sea, el gran Abdallá al Assal, y el rapsoda cantó así:

*Andaluces, arread vuestras monturas, quedarse acá es un error.*

*Los vestidos suelen comenzar a deshilacharse por los bordes,*

*pero veo que el vestido de la Península se rompe desde el principio por su centro.*

Si Toledo era y seguía siendo principal ciudad y centro geográfico, Zeyt supo que, a través de aquella cruz, Caravaca sería un nuevo centro espiritual y que aquellos que tan encarnizadamente combatían entre sí podrían convivir un día quizá no lejano en una nación unificada. Al fin y al cabo, las élites cristianas usaban el estrado, algunos de sus ropajes y varios centenares de sus guturales palabras. Él mismo había bebido la víspera varias copas de vino helado, puede incluso que alguna de más. Y casi todos los musulmanes hablaban o, como poco, entendían el romance castellano de sus enemigos.

Era posible concebir desde Caravaca una nación pacificada, donde cada cual eligiese libremente su templo, fuera este iglesia, mezquita o sinagoga.

En cuanto a él, su opción había sido definitivamente iluminada en el transcurso de esa misa por la Vera Cruz.